

LUIS ENRIQUE OSORIO

Flor tardía

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ESTRENADA EN EL TEATRO
MUNICIPAL DE BOGOTÁ LA
NOCHE DEL 1.º DE DICIEMBRE
DE 1917 * * * * *

BOGOTÁ (COLOMBIA)
Imprenta y Litografía de Juan Cada, Carrera 6, 251
Propiedad del autor



PERSONAJES:

Mercedes.....	Angela Torrijos
Ana.....	Matilde de Rueda
Serafín.....	Agustín Sen
Jacinto.....	Vicente Cajal
Alberto.....	Eduardo Corser
Un criado.....	Oscar Gil



ESCENA FINAL

Dichos, Jacinto, por el foro.

(Entra Jacinto sin ver a Serafín, que se ha retirado precipitadamente y queda escuchando en la puerta del foro).

Jacinto.—No puedo más . . . (enjugándose los ojos) . . . Por Dios, Mercedes . . . Esto es espantoso, no creí que llegara a ser así. . . Se han ido . . . Ven, deja tus caprichos. Ahora la pena es de los dos . . . que si no fuera por tí, no sé lo que haría.

Mercedes— (Desahogándose en llanto) Jacinto . . . ¡Perdóname! . . . (se le arroja al cuello)

Jacinto.—¡Perdonarte! . . . ¿De que? . . . (la abraza y acaricia los cabellos)

Serafín.—Así, así deben mecerse las ramas secas ante las nuevas floraciones . . . Sin hacer caso de sus flores tardías.

TELON

FIN

(Izquierda y derecha, las del consueta.)



ACTO PRIMERO

Jardín de una casa de campo. En la derecha, escalinata que da a la casa; a la izquierda, baranda de piedra que se supone da a un pequeño lago; al foro perspectiva practicable de árboles. Bancos de piedra o madera, estatuas, etc., etc.

ESCENA I

Serafín y Alberto

Serafín.— Me haces recordar. Todos hemos pasado por esos mismos despechos de amor... Inviernos prematuros; hielos de primavera que marchitan unas cuantas flores... Tonterías.

Alberto.—Mi viaje está resuelto. Decididamente me voy mañana.

Serafín.— ¿Mañana?

Alberto.—Si, para la ciudad. Y dentro de quince días sigo para el exterior.

Serafín.—¡ Que manera de exteriorizar los sentimientos!... Yo era lo mismo que tú... En cierta ocasión llegué también a partir para el extrajero despechado por una mujer.

Alberto.— Si?

Serafín.— Eso te va a pasar en seguida.

Alberto.— No lo crea usted tío Serafín... Recuerde usted aquellas palabras que leímos en días pasados: Hay tantos amores como corazones... El amor es para los unos aurora que destruye el sol de las nuevas ilusiones; para otros ocaso que extingue la noche; para los más, rosas, besos y frutos que el invierno hiela; para unos pocos, primavera eterna... El mío es de estos últimos, soy de esos pocos... Mi amor hacia Ana es algo muy intenso, imposible de arrancar. Creo que de no casarme con ella, con ninguna otra.

Serafín.— El eterno error, el eterno error, de donde nacen todos los

pesimismos amorosos. No hay tal amor de primavera eterna; lo que hay es el mal de las eternas primaveras tropicales: anemia, almas anémicas... Veremos que nuestro amor está hecho para una mujer determinada, y es mucho más grande: no abarca una forma, sino un ideal que cabe en muchas formas y que en todas partes se encuentra... ¿ Que te seduce la alegría de unos ojos negros, la nostalgia de unos ojos azules? Pues en todas partes hay mujeres morenas y mujeres rubias, mujeres que ríen y mujeres que languidecen... cuéntame más detalladamente cómo ha sido eso; que te ha hecho tomar una resolución tan heróica... Para mí tengo que te precipitas...

Alberto.—No lo crea usted.

Serafín.—Si; te precipitas, te declaras vencido sin estarlo... Para que una mujer nos ame, basta con que sepa que la amamos; porque la piedra preciosa qu más gustan ellas de lucir son nuestros corazones... Solo que ellas en su candor e inquietud son como los niños: esquivan los gusanos y persiguen las mariposas... Les repugna que, como persiguen los gusanos las frondas, persigamos su amor; y se afanan por aprisionarnos cuando nos realza el instinto fugaz de las mariposas, cuando saben que el aire es nuestro y podemos volar a otras mujeres.

Alberto.—No lo crea usted. Ella me lo ha dicho claramente: no me ama.

Serafín.—Esa no es razón. Dime: ¿ hace mucho que le hablaste?

Alberto.—Yo me enamoré de Ana el día en que la ví. No la conocía, porque éramos ambos muy pequeños cuando ustedes se fueron para Francia... Usted recordará.

Serafín.—Si, cómo no.

Alberto.—Luego supe que habían llegado directamente aquí, a su casa de campo, a pasar una temporada... Me ví con mi tío, me invitó a que viniese; y yo, aunque me hallaba en preparativos de viaje... vine...

Serafín.—¡Claro!... Con esa curiosidad que despierta en nosotros una silueta vaga de mujer.

Alberto.—Yo estaba muy ilusionado con mi viaje. No pensé nunca en otra cosa que en terminar los estudios para hacerlo. Y tan pronto como la conocí vacilaron todos mis planes.

Serafín.—Ella estaba al principio muy deferente contigo... recuerdo.

que juzgues si he podido calificarte o no... Sabe que mi vida ha sido un solo amor, un amor de esos que llaman desgraciados, y que yo llamo grande y santo, porque siempre calló!. .. Ese amor eres tú.

(Comienza la orquesta a tocar unos valses lentos)

(Pausa)

Nunca hallé una mujer que hiciera eco a mis sentimientos: las veía todas triviales ... Y no erá que tu me comprendieras: era que me alegrabas a toda hora, que vivías distrayéndome de mis tristezas, de mis pensamientos; porque tu alma reía inconsciente a toda hora, y yo dejaba de pensar para reír contigo. Por eso siempre te he seguido, Mercedes; por eso, cuando estabas triste, yo no omitía medio de alegrarte otra vez . . . Tuve celos, pero no de tus besos, sino de tus risas, que siempre quise para mí, porque todas se me hacían pocas ... Y si alguna vez un egoísmo muy escondido quiso que tus risas fueran besos, yo supe ahogarlo a tiempo. . . Fui siempre fuerte. Ese amor fue puro a toda hora porque jamás llegó a ser pasión ... No lo llames tu amor porque es más grande de lo que el mundo llamó de ese modo . . . Pero yo sí lo llamo amor, amor único de mi vida; amor verdadero porque nunca lloró, fue siempre risa, fue siempre alegría. Ese amor se ha desvanecido ya. Yo vencí y tú has caído ... La diferencia de nuestras fuerzas ha roto esa armonía . . . Hoy ya no te amo . . . Tus penas, que sé cuáles son, me repugnan . . . Tus risas me parecerían remedios. Me voy tras de otras risas que me alegren . . . Quizá pueda ler esto otro amor, y en lo que de tí salió halle un recuerdo de lo que fuiste! tú . . .

Mercedes.— (Llora moderadamente)

Serafín.— Adiós, Mercedes ... No llores más; perdóname . . . No hubiera querido hablarte así, pero me has obligado . . . Ahora sientes más abandono, más soledad que nunca ... Es hora de que vuelvas al deber, ya que no porque te llama, porque lo necesitas . . . Disipa tu remordimiento en lo que te queda, como yo disipa mi ilusión perdida en lo que va . . .

Mira: allí vienen el deber . . . como siempre . . . Búscalos ahora sí . . . Pueda ser que cuando los años borren y blanqué del todo tu cabeza, blanqué de nuevo tu corazón . . . Adiós, Mercedes . . . adiós...

Serafín.— ¡Claro! ... No podía ser de otro modo. Quisiste que rivalizara una flor tardía con la más fresca de las floraciones ... Te abrumó el imposible ... Ahora esa flor se deshoja a impulso de un viento frío, de desprecio y de soledad ... que te hiela las entrañas de madre ... Ahora sí compara tu dolor con el sacrificio... Hoy esa ilusión muere; pero no te dejará la satisfacción del que vence, sino la vergüenza y el remordimiento del vencido que pudo vencer.

Mercedes.—¡Basta! ... ¡Te has propuesto desesperarme!...Te repito que me fastidias ...

Serafín.—Dices bien ... me he propuesto desesperarte...No puedo menos de hacerlo, porque me abofetea tu debilidad.

Mercedes.— Basta! ... Qué entiendes tú de lo que me predicas ... No vengas a enseñarme ... Fácil es hablar de ese modo cuando no se sabe lo que es un afecto ni lo que es derramar una lágrima ... Crees que todo es la prosa, la dureza de tu corazón ? ... No has amado nunca porque el amor no se ha, hecho para las piedras ... No has llorado ni por la muerte de tu madre ... ¡Y quieres enseñarme a sentir! ... Tu tienes el corazón duro; puedes labrarlo a tu gusto, a cincel, y darle la forma que se te antoje ... ¡Yo nó! ... Quieres leer en mi conciencia, ... y ni siquiera has leído en la tuya ... porque en ella no hay qué leer.

Serafín.—Qué entendéis vosotras de sentimientos? ¿qué entendéis de lágrimas?... Creeis que el amor es sólo llorar y apetecer? ... Por eso llegaste a esa situación, por eso ... El amor es algo más puro ... Me acusas de indeferente ¿porque no he llorado?... ¿porque no he llorado como tú ? ... Dices que no lloré a mi madre ... Tú llorabas lo que se iba; yo me alegraba de que se fuera, porque no tendría ocasión de ver lo que estoy viendo yo.

Mercedes.—¡Infame! ... ¡Infame! ... ¡Mientes ! ... Por lo menos sabes insultar. ¡Cobarde! ... No hagas alarde de lo que no tienes: tú no has sido, capaz ni de crear un hogar, que hasta las fieras lo han disfrutado. Me acusas de que no refreno mis pasiones y a tí no puede acusártete ni de haberlas tenido ... ¡Qué irrisión! ... Es tan grande mi crimen, que las piedras, como tú, se levantan contra mí!!!...

(Pausa)

Serafín.—Mercedes ... Sabe que si así te hablo, es porque puedo enseñarte a amar, a amar de veras ... Dices que no supe crear un hogar: dí, más bien que no pude... Oye lo que te digo pronto a partir, para

Alberto.—Fue lo que más contribuyó a enamorarme. Luego me pareció que todos los alagos que iba yo a buscar a lejanas tierras los había traído ella. Me hallé tan dichoso aquí, tan dueño de la felicidad...

Serafín.—Ya lo creo: dueño... ¿Quién piensa en rivales bajo los sauces, a la orilla de un río o en la florida espesura de un jardín?

Alberto.—Luego supe de Almenelejo.

Serafín.—¿Almenelejo?

Alberto.—Sí. Es el novio que tiene ella ahora. Vino con ustedes en el buque cuando llegaron.

Serafín.—¡Ajah!

Alberto.—No se imagina usted a dónde me llegó esta noticia... Temí estrellarme contra lo imposible; me dio por estar meditabundo... Ana aumentaba sus deferencias, y quería que estuviésemos a toda hora en la laguna remando... Hablando de Almenelejo, eso sí.

Serafín.— ¡Ajah!

Alberto.—Ella dio en aludir a mi ensimismamiento. Y fue tal la dulzura con que me preguntó un día la causa de el, que...

Serafín.—Que caíste en la red... ¿Y qué te dijo mi sobrina?

Alberto.—¡Que había de decirme!... Lo volvió burla, como hace con todo... Usted la conoce. Al fin no pude soportar la indecisión, y pasé a hablarle claramente... Le dije mis proyectos.

Serafín.—¿De matrimonio?

Alberto.—Sí.

Serafín.— ¡Ajah!...

Alberto.—Le manifesté que estaba dispuesto a casarme para irme con ella.

Serafín.—¿Y ella?...

Alberto.—Siempre con sus burlas... pero entre broma y broma, me quitó todas las esperanzas... Ella quiere a Almenelejo.

Serafín.—¿Y qué te dijo del viaje?

Alberto.—Que no debo irme tan pronto; y continúa en su amabilidad, pero no cede en su obstinación... Me ha repetido claramente que

quiere a Almenelejo... Diga usted, que esperanza me queda.

Serafín.—¡Todas!

Alberto.—¿Cómo?

Serafín.—Anita te quiere.

Alberto.—¿Que me quiere?

Serafín.—Sí

Alberto.—¿Pero...por...que?

Serafín.—¿Crees que no te ama una mujer que llega a confesarte que quiere a otro,... mientras navegas con ella en una laguna escondida entre pajonales?

(Pausa)

Eres muy niño. Para dejar de serlo, no basta coronar una carrera como lo has hecho tú... Eres todavía de los que se orientan por las palabras, y la palabra vive de la mentira... La experiencia nos hace dudar de ellas, y entonces dejamos de creer en los labios y tratamos de comprender en los hechos, de leer en los ojos... Y cuando nos convencemos de que los ojos y los hechos mienten a veces más que los labios, hemos aprendido a adivinar lo que pasa en los corazones... Anita te ama.

Alberto.—No le entiendo a usted.

Serafín.—¿No digo que eres muy niño?... Convéncete de que la mujer es una emanación del amor, sin que se pueda vivir para otra cosa; así, es hábil para hacerse amar, como lo es el hombre para la lucha por la vida, las ciencias, las artes, la virtud... El amor es el arte, la ciencia y hasta la virtud de las mujeres; en tocando a amor, ellas no escriben, pero viven poemas a su gusto. Ana está enamorada de ti; pero juega con tu amor de ese modo, porque tu tristeza y tus juramentos te han hecho perder el hechizo brillante que tienen las alas y te dan feas apariencias de gusano...

Alberto.—Y por que no cambia de proceder con la noticia de mi viaje?

Serafín.—Oye : tú le dijiste que no podrías olvidarla... ni con el tiempo, ni con la distancia...etc. ; todo lo que en esos casos se acostumbra, ¿verdad?

Alberto.—Tal vez si... si.

Jacinto.—Vamos, pronto; salid (los lleva a la puerta) Hay que aprovechar el momento en que no os vean... ¿ Que esperais?

(*Salen por el foro*)

ESCENA VIII

Mercedes, luego Serafín por la izquierda..

(Mercedes queda un momento sola, y cae llorando en una silla. Luego entra Serafín; cierra la puerta y avanza muy despacio hacia ella, con los brazos cruzados, moviendo la cabeza).

Serafín.—Mercedes . . . ¡Mercedes !...

Mercedes.— Qué ? . . .

Serafín.—Mercedes . . . ¿Que no hayas sido capaz de vencerte ni aun cuando se va la última esperanza de tu pasión criminal? Que ¿la hayas sobrepujado de ese modo a tu amor de madre? . . . ¿No crees que es un crimen haber infundido en tu hija ese remordimiento, amargar de ese modo la dicha porque sólo debías custodiar ? . . . ¿Quién amargó acaso la tuya?

Mercedes.—Déjame ... No me hables . . . !Vete! ...

Serafín.—Me voy, me voy ya . . . Quizá nunca vuelvas a verme . . . Pero quiero reñirte por última vez, porque no acabo de reprochar tu conducta ... ¿Recuerdas el día que saliste de esta casa, por esta misma puerta? . . . ¿Quién trató de disipar tu dicha?... . Tú salías sin imaginarte que el amor pudiese llorar; riendo sin descanso, como a toda hora reía tu corazón... Y todos reíamos contigo y nos tragábamos las lágrimas para que tú no notaras nada, para no enterarte de que las penas existían . . . Vuelve los ojos atrás, y compara tus sentimientos con la pureza de esos otros.

Mercedes.—Déjame en paz, que estoy cansada de oírte, que me desesperas.

Serafín.—Quiero que me prometas una cosa y luego me iré... Es lo último que te pido. Promoví este viaje para salvarte y salvarlos a todos: no me ha valido... Júrame que escribirás a Anita y Alberto dándoles una satisfacción por tu conducta, retirando todas las palabras que has dicho ... ¿Me lo prometes?

Mercedes.— . . . Serafín . . . ¡Que horror! que desolación la que siento ... No puedo prescindir de él; es el único amor de mi vida ... Se me ha clavado aquí y no puedo arrancármelo . . .

(exaltándose) no quiero que me lo nombres, no quiero verle más...
Le odio le odio a muerte.

Ana.—¡Mamá! . . .

Jacinto.—¡Mercedes !!. . .

Mercedes.—Sí, le odio ... le odio ... No le perdonaré nunca que me haya robado a mi hija . . .

Jacinto.—Mercedes!!! . . . Estás loca? . . .!

(Se oyen templar violines y preludiar el piano)

ESCENA VII

Dichos, Alberto por la izquierda.

Alberto.— Ya estas lista? ... El coche nos aguarda.

(Pausa)

Ana.—Madre! ...

Mercedes.—Ana . . . Adiós . . . Que seas feliz.

Ana.—Adiós (llora)

Mercedes.—(Acariciándola) Adiós. . . Escríbeme. Escríbeme. . . mucho ...

Ana.—Alberto . . . Madre . . . Despedidos; pero perdonándoslo todo . . . como que si nada hubiera habido... Ignoro cual sea la causa de vuestro disgusto . . . No es ninguna; por lo mismo, no debeis quedar así... Ten, Alberto . . . Haz lo mismo que yo . . . (la besa en la frente)

Alberto.—(Besa en la frente a Mercedes.)

Ana.—Ahora tú, madre ... Es tu hijo.

Mercedes.—Adiós . . . Idos . . . No . . . ¡¡Vete!!

Jacinto.—Vamos, no hay tiempo que perder. Yo os acompañaré hasta el coche . . . Vamos.

Ana.—¡Madre!

Serafín.—Claro. Ahí está la razón. Ella, dando fé a tus afirmaciones, cuenta con tú regreso, como con el sol de la mañana. Hasta me atrevo a creer que está segura de que no harás tal viaje.

Alberto.—¿Que debo hacer, tío Serafín?

Serafín.—Seguir mis consejos... Prescindir de esas resoluciones heróicas y románticas que a nada conducen... Deja ese abatimiento, alégrate, despreocúpate... ¿Que Anita te habla de Almenelejo? Hábllale tu a la vez de... de... tus bodas con doña Ramira, que se yó.

ESCENA II

Dichos, Jacinto por la izquierda

Jacinto.—(Entra leyendo un periódico) “Queremos, señor que salga del país de éstas mortales aguas estancadas de la rutina. Eso...Eso... Salud”.

Alberto.—Buenos días, tío Jacinto.

Serafín.—Salud hermano.

Jacinto.—¿Cómo podrá vacilar la juventud ante el debate que se inicia? Eso...“Que pase el enemigo a través de la muralla que a su paso levantaremos. ¡Y no pasará!...”lo impedirán todas las fuerzas vivas del país” Eso, eso... ¿Ya leyeron ustedes El Tiempo de ayer, con los discursos de la manifestación progresista?

Serafín.—No, todavía no.

Jacinto.—Está muy bueno... ¿Tú Alberto, qué tal? No nos habíamos visto hoy.

Alberto.—No. Cuando salí de mi habitación ya se había ido usted para la laguna.

Jacinto.—De allá vengo. Ya está armada la lancha de gasolina. Vamos a estrenarla ahora, antes de almuerzo

Serafín.—¿No era grave el daño?

Jacinto.—Refundieron una pieza al desempacar, pero ya apareció. Mañana debe llegar el kiosco que compré en París. Eso si que te va a gustar. Es para armarlo en una de las islas.

Alberto.__Quedará precioso.

Serafín.__Preciosísimo.

Jacinto.__¿Y tú insistes en marcharte, Alberto?

Alberto.__Sí, tío. Me voy mañana

Jacinto.__¿ Mañana? Que pronto te haz aburrido en nuestra compañía.

Alberto.__Eso nunca... Usted sabe tío, lo que son los preparativos de viaje, especialmente cuando es largo... Y tengo que partir a más tardar dentro de quince días.

Jacinto.__¡Hombre! ¡Qué capricho! No es viaje de negocios para que no puedas retrasarlo... Debías esperarte siquiera otra semana.

Serafín.__Eso le digo yo.

Alberto.__¡Imposible!... Deseos no me faltan.

Jacinto.__Como que lo que no te falta es deseo de comenzar el viaje cuanto antes... Tienes razón: en tocando a viajes y a mujeres, los plazos son desesperantes... Tengo entonces que hacerte varias recomendaciones, ponerte en algunas molestias.

Alberto.__Con mucho gusto.

Serafín.__(A Jacinto). Préstame el periódico hermano.

Jacinto.__Porsupuesto... (a Alberto) Quiero que me hagas unas compras en Bogotá tan pronto como llegues. Te daré con quién me las remitas. Escribiré además, algunas cartas de recomendación, que han de servirte.

Alberto.__Cuento agradezco a usted, tío

Jacinto.__Vas a gozar lo que no te imaginas. Mi primer viaje lo hice a tu edad...¿Qué lees hermano?

Serafín.__El discurso de Santos.

Jacinto.__Bueno,¿ verdad?

Serafín.__Muy bueno, muy bueno.

Jacinto.__¿Mercedes y Ana salieron?

Serafín.__Si a dar un paseo corto. Deben regresar en seguida.

cuerda de violín; y, en cuanto llega a sonar destemplado, ¡líbreme Dios!

Ana.— Papá: quiero que mamá quede bien con Alberto y conmigo. De otro modo, no puedo irme tranquila, sino con un remordimiento ... no se de qué... qué me estará atormentando a toda hora ...

Jacinto.—No te afanes ... Ya verás que si ... No te preocupes más por eso ... Y limpíate esas lágrimas, que puede entrar Alberto y poco le agradaría encontrarte llorando ... Ríete, varmos ... Con la mejor de las sonrisas que hayas ensayado al espejo para seducir ... Así ... Eso es.

ESCENA VI

Dichos, Mercedes por la izquierda.

Mercedes— ¿Que ya os vais?

Jacinto.—Esa noticia corre.

(Pausa)

Ana.— Mamá: ... Perdóname.

Mercedes.—No llores.

Ana.— Me voy intranquila por ti.

Mercedes.—Pero, ¿por qué?

Ana.— Tú quedas disgustada conmigo ... Odias a Alberto, y él nada malo te ha hecho... Quiero que quedéis bien los dos. No me iré tranquila de otra manera.

Mercedes.—Te he dicho que no me hables de eso.

Jacinto.—Mercedes, ¡por Dios!

Ana.— Mamá: yo no me iré si quedas tú así ... No me acusa la conciencia de haberte ofendido ... No creo que mires como ofensa querer a Alberto ... Si es así ... perdóname! ...

Mercedes.—No me hables más de eso ... Ya sabes que no estoy disgustada contigo, te lo he dicho ... Pero, ... no me hables más de Alberto

acompañada. Escucha: es la primera mujer que veo llorar en este caso... ¡Ah tontuela!

Ana.—Es que no quiero irme dejando a mamá de ese modo . . .

Jacinto.—Cómo ?

Ana.—Enfadada conmigo.

Jacinto.—Por qué va a estar enfadada contigo? No digas eso . . . Se te ocurren unas cosas...

Ana.—Es la verdad. No ha querido hablarme hoy en todo el día.

Jacinto.—Estará triste, como es natural.

Ana.—No. Está enfadada conmigo . . . Ella no ha podido transigir con Alberto; y ni ahora cede en su oposición ... Tú comprendes que yo no puedo irme tranquila así . . . No te imaginas hasta dónde ha crecido su odio hacia Alberto. Antes no lo manifestaba tanto; pero desde aquel día en la quinta . . . el día que estrenamos el kiosco . . . ¿Recuerdas?

Jacinto.—Sí.

Ana.—Pues desde ese día no te supones cómo dio en tratarlo; no perdía ocasión de manifestarle su antipatía . . . Desde entonces no ha vuelto a tener para conmigo una manifestación cariñosa, y apenas sí me dirige la palabra ... Tú comprendes que Alberto nada ha hecho para que ella se porte de esa manera... Quién sabe qué le dijo mamá ese día; pero antes Alberto me manifestaba su extrañeza, su contrariedad, y desde entonces ni una palabra; no me volvió a tratar el punto; y si yo lo tocaba, él se ponía muy serio y variaba la conversación ... Yo, en tanto, vivía impaciente, como lo estoy ahora, sin explicarme nada ... Trataba de adivinar en él o en ella, y por todas partes silencio, reserva, disgusto.

Jacinto.—Vaya . . . ¡Son ideas tuyas! ... ¿Qué puede hacer tu madre que sea contrario a tu felicidad? Ella lo que tiene es tristeza de perderte, como es natural . . . Son cosas pasajeras de que no debes hacer caso.

Ana.—La tristeza se conoce siempre. No hay vez que no lleve consigo aunque sea una caricia ... No creo que tú sientas menos que ella . . .

Jacinto.—Los hombres somos distintos, reflexionamos. Las mujeres no tienen más móvil que el corazón. En ellas es más sensible que una

Jacinto.—Bien, bien... Quiero que vayamos todos a estrenar la lancha... ¿Tu tenás otra cosa que hacer, Alberto?

Alberto.—Había quedado de ir a Túcán a despedirme de Antonio y la señora y a almorzar con ellos; pero no es inconveniente: les enviaré una esquela excusándome y traslado la visita para ésta tarde.

Jacinto.—Bien, bien... Que tal te va pareciendo, Serafín... ¿Bueno verdad?

Serafín.—Admirable, admirable...

ESCENA III

Dichos, Mercedes por el foro

Mercedes.—Que fatiga...Buenos día Jacinto. Con ustedes ya me había saludado...

Jacinto.—Buenos...

Mercedes.—¿Que tal por la laguna? ¿Cómo van éhos trabajos?

Jacinto.—Bien. Ya está lista la lancha. La estrenaremos ahora, antes de almuerzo.

Alberto.—Vamos a pasar un rato delicioso.

Jacinto.—¿Y Ana?

Mercedes.— Ha quedado allí cogiendo unas Flores... (Usted, Alberto, ¿qué tal?... Le sienta el campo cada día más. Insisto en que debe prolongar su temporada siquiera por un mes. Le conviene el descanso después de tanto estudio.

Jacinto.—Eso le digo... pero se ha encaprichado enirse.

Alberto.—No diga usted eso, tío. Si no fuera porque, me veo obligado a ello, me aguardaría a regresar con ustedes... La vida aquí no puede pasarse mejor.

Mercedes.—Y qué, ¿luego ya se ha decidido a dejarnos?

Jacinto.—Dice que se va mañana.

Mercedes.—¿Mañana?, ¿mañana?... Eso si que no he de permitírselo. No

faltaba más A la fuerza tendrá usted que demorarse

Alberto.—Imposible, Mercedes, Juzgue usted si me faltaran deseos...
Pero me quedan muchas cosas por hacer.

Jacinto.—Disculpas, disculpas... No le importunes, mujer. No le falta razón. Está que no le llega el día de verse en altamar. Yo por eso no lo detengo...(a Serafín) ¿Ya acabaste?

Serafín.— Estoy leyendo éste otro.

Jacinto.—¿Política? ;

Serafín.— Literatura.

Jacinto.—Muestra (se sientan juntos a leer en voz baja)

Mercedes.—Estos sobrinos son así, en cuanto se les demuestra algo de cariño... se escapan.

Alberto.—No diga usted tal cosa, Mercedes.

Mercedes.—Eso no lo llamo sino ingratitud. El viaje no es tan urgente que no pueda retrasarlo. Lo que usted tiene es falta de voluntad...Se ha aburrido, confíeselo.

Alberto.—Basta estar con ustedes para vivir feliz a toda hora. Me obliga usted Mercedes.

Mercedes.—Ojalá pudiera obligarlo. Supiera la falta que nos hará su compañía...Hemos pasado con usted unos días tan agradables...

Alberto.— Yo los he pasado mejor, supóngase usted.

Jacinto.— Un poco fantástico.

Serafín.—Si un poco... Es la moda.

Mercedes.— ¿Ahora no nos acompaña usted a la laguna? Creo que usted tenía un compromiso con Aura y Antonio.

Alberto.— Si, pero les enviaré ahora mismo un recado transfiriendo mi despedida para ésta tarde... Voy antes de que se me pase el tiempo.

Mercedes.— Que insistencia...Vaya usted, pues

Alberto.— Con el permiso de ustedes.

Jacinto.— Por supuesto.

ESCENA IV

Dichos, Ana. por la izquierda.

Ana.—Papá (abrazándolo).

Jacinto.—¡Hija!... ¿Eh?... ¿Qué te pasa?... ¡No seas tonta! lloras?... Enjuga esas lágrimas, que poca gracia te hacen... Guárdalas para... para la próxima ocasión.

Ana.—Ha dicho Alberto que ya nos vamos.

Jacinto.—Y se te hace mala la noticia?... Eso es, ríete, que solo tienes motivo de alegrarte... Así, así...

Serafín, ¿has visto en tu vida una cara más preciosa?

Serafín.—Jamás.

Jacinto— Supongo que has de escribirme con mucha frecuencia.

Ana.— Ya lo creo... Mi madre dónde está?

Jacinto.—¿No la has visto? Nosotros hace rato que estamos aquí.

Ana.—Quiero despedirme de ella... Llámela usted, tío Serafín.

Serafín.—Porsupuesto; voy en seguida.

Ana.—Que nadie se entere... No quiero despedirme de nadie más.

Serafín.—Está bien. No tengas cuidado.

(Sale por la izquierda).

ESCENA V

Jacinto, Ana.

Jacinto.—No llores, tonta... ¿Por qué te ha dado ahora por ahí?

Ana.—Me entristece tanto dejaros.

Jacinto.—¿Dejarnos?... ¿Es por eso que lloras? ¡No seas tonta! Ni que fuera un viaje muy largo... Por otra parte, no dirás que vas mal

Alberto.—(A Serafín) Ya es hora. ¿No cree usted?

Serafín.—Sí. Avísale a Ana . . . Yo entretengo en tanto a Jacinto, y en la estación nos encontramos.

Jacinto.— No, ¡nada de evasivas! . . . Decía Serafín que ya era tiempo de que os fuerais . . . Ve a llamar a Ana . . . Quiero acompañarlos hasta el coche . . . De buena gana lo hiciera hasta . . . hasta el fin del mundo . . . Demonio! Si no fuera una inoportunidad.

Serafín.— Ve, pues . . . Búscalas . . . Hace un momento estaba bailando con Alvarez.

Alberto.—Sí. Yo y allá. (Sale por la izquierda)

ESCENA III

Serafín, Jacinto.

Jacinto—Serafín! . . . Esto es espantoso.

Serafín.—Valor, valor. . . No te desalientes.

Jacinto.—No, no me desaliento . . . pero es que . . . no sé lo que me pasa. Es muy duro . . . Se va mi hija, te vas tú; me quedo en una soledad completa, lidiándole la neurastenia a Mercedes.

Serafín.—Lo comprendo. Pero tú mismo has dicho que hay que dominar la pena, que no hay que dar a entender a Anita que os quedáis tristes, porque eso la distraerá de su felicidad.

Jacinto.— Sí, tienes razón . . . No creí que esto fuera tan duro, llegado el momento . . . (se enjuga los ojos).

Serafín.—Cálmate, disimula. . . Allí viene Ana. . . Domínate.

Jacinto.—Sí, sí. . . Me domino. . . Muchacho . . . Ven acá.

(Entra un criado con champaña).

Porque seas feliz...

(Toman, se va el criado).

Serafín.—Lo tienes.

Mercedes.— Hasta luego. (Sale por el foro)

ESCENA IV

Serafín, Jacinto y Mercedes.

Mercedes.— De suerte que. . . ¿se va mañana?

Jacinto.— Eso dice. Creo que no debas detenerlo más, porque está muy entusiasmado con su viaje.

Mercedes.— No lo creas. . . Juraría que es por culpa de Ana.

Serafín.— (Riendo). Sí, es por eso.

Jacinto.— Éste soneto sí está malo

Mercedes.— No me explico los caprichos de esa niña. . . Es el colmo del capricho. Y no basta hacerle reflexiones. . . Mientras más se le dice, peor. . . Tú debías hablarle, Jacinto.

Jacinto.— Vamos, mujer. . . No te pongas a preocuparte por esas tonterías. . . No me faltaba más.

Mercedes.— Sí, tonterías. . . Eso dices tú. . . Pero en cuanto veas a Ana casada con un hombre como Almenelejo...

Jacinto.— ¡Qué Almenelejo ni qué! . . . Lo que te ruego es que no me importunes más con ese tema que ya me tienes trastornado. . . Parece que no tuvieras más en que pensar, cuando das importancia a semejantes sutilezas.

Mercedes.— Es que tú no ves claro nada. . . Pero ya te digo: en cuanto Ana se case con un hombre como Almenelejo...

Jacinto.— Dale con Almenelejo por aquí y por allá. . . Oye: deja en paz a esa muchacha y déjános en paz a nosotros.

Serafín.— Te preocupas, en verdad, demasiado por cosas que no valen la pena. . . Vosotras las mujeres, no tenéis seriedad nunca para nada, y sin embargo queréis tomarlo todo en serio.

Jacinto.— La verdad, la verdad.

Mercedes.— Sí... La verdad... Eso creo yo...

Jacinto.—¿ Crees que lograrás convencerla?

Serafín.— Si, Mercedes, créeme; tomas por serio los juegos de Anita. Déjala obrar a su gusto, que ella tiene bastante talento y corazón para guiarse. Para amar bien y pensar bien hay que dar libertad al corazón y a la cabeza... Las imposiciones no producen sino ceguera y escepticismo.

Mercedes.— No puedo transigir que Alberto se vaya... ¿Afirmáis que Ana tiene talento? Eso es no tener dos dedos de frente.

Jacinto.— Serafín: Mercedes va a terminar volviéndonos locos; ven, hermano; vamos a traer las cañas de pescar y os marchamos ya... Vamos pronto; lejos de aquí; a donde no nos hablen de matrimonios que con el mío me basta y sobra.

(Sale con Serafín por la derecha)

ESCENA V

Mercedes, luego Ana por el foro

Ana.—(Con un ramo de rosas). Mira, mamá: ya abrieron las bolas de nieve. En mi vida las había visto más grandes.

Mercedes.—Sí sabes ?

Ana.—Jesús! qué recibimiento! . . No... Probablemente no... Qué pasa?

Mercedes.—Alberto se va mañana mismo para Norteamérica.

Ana.—Eso te espanta?... Ya lo sabía.

Mercedes.—Bien lo sabes... Y que es por tu culpa.

Ana.—Por mi culpa ?

Mercedes.—Sí, por tu capricho. Bien sabes que con una palabra tuya, no se iría.

Ana.—Estoy cansada de suplicarle que se aguarde algún tiempo más. El sí es en verdad caprichoso.

Jacinto.—Importada directamente... Cordón Rouge... Vamos! otra...

ESCENA II

Dichos, Alberto por la izquierda

Alberto.—Están ustedes un poco animados... Permítanme que les acompañe...

Jacinto.—Porsupuesto.

Alberto.—Por usted, tío Jacinto.

Jacinto.—Gracias, gracias.

(Toman. Se va el criado)

Alberto.—Ha salido la fiesta verdaderamente hermosa, tío.

Jacinto.—Sí, eso hablamos con Serafín... ¿Encontraste la carta que te dije ?

Alberto.—Sí, señor.

Jacinto.— ¿Estaba sobre el escritorio ?

Alberto.—Sí.

Jacinto.— ¿Lo vez?... De todas las que te he dado de recomendación, será la que más ha de servirte... Es un hombre muy atento y muy amigo mío.... Serafín no tuvo ocasión de conocerle cuando pasamos por allí.

Serafín.—No. Siempre que fue él a visitaros estaba yo fuera de casa.

Jacinto.—Es un hombre que os va a gustar y a servir mucho... No vayas a olvidar por nada el encargo que te hice . . . Apúntalo, porque puede pasártelo ... Me lo despachas tan pronto como llegues, porque me urge.

Alberto.— No tenga usted cuidado por eso, tío.

Jacinto.—Y . . . que me hagas muy feliz a Ana . . . Cuídamela mucho, consiéntemela mucho ...

Alberto.— Ya lo creo, tío.

Jacinto.— ¡Pobrecitos! je, je, je.

Serafín.— A todo esto, ya va siendo hora de partir... El tren sale a las cuatro, y son las dos y media... Mientras nos cambiamos los trajes, ya va corriendo el tiempo... Hay que prevenir a esos muchachos.

Jacinto.— Quién habría de creer!... No hacías sino renegar de los viajes, y jurar que no volverías a poner un pie fuera de Bogotá; y más se tardaron Alberto y Anita en hablar de viaje de boda, que tú en provocarte otra vez.

Serafín— Así son las cosas ... De fijo mis despojos mortales quedarán en un cementerio de Pekín... Así somos los solterones: no pudimos fijarle puesto a nuestro corazón, y tampoco podemos fijárnoslo. Somos nómades de alma y cuerpo; es una inquietud triste que nos induce siempre a husmear las ajenas felicidades para tomar en ellas un poco del calor que nos falta... Yo me divertía con los planes de Anita y Alberto, me sentía como el depositario de sus esperanzas. Como nunca supe tenerlas propias, me conformo con que me las den a guardar... Y en cuanto ellos me dijeron: acompañenos usted, tío Serafín... ¡Porsupuesto!

Jacinto.— ¿Qué se habrá hecho Mercedes?

Serafín.— Antes de venir para acá, la vi en el salón azul.

Jacinto.— Está de un genio...

Serafín,— No dejarás de hallarle razón... Antes tú tienes mucha fortaleza.

Jacinto.— No creas que todo es pena... Mercedes está en plena enfermedad de casada ociosa: neurastenia crónica. La ociosidad es la madre de todas las manías. Con ella se acostumbran las mujeres solteras a creerse hermosas y las casadas a quejarse, a renegar y a llevar la contraria... La pena se disimula, y en estos casos es un deber fingirse alegre... Muchacho ven acá.

(*Entra un criado con copas de champaña*)

Por que lleves un viaje feliz.

Serafín.— Gracias --- Porque volvamos a vernos pronto.

Jacinto.— Sí... ¡Quién sabe!... Oye, no hablemos de partida, que los adioses se fueron desde ayer con el equipaje.

(*Toman*)

Serafín.— Magnífica.

Mercedes.— Todo lo has de volver burla, como si estuviera yo para eso. Tú sabes que con una palabra lo detendrás. Con esto no das muestra sino de torpeza, no más que de torpeza... Por qué has de obstinante de ese modo?

Ana.— Pues... porque no le quiero...

Mercedes.— No me vengas con eso. Querer es muy fácil. Al corazón no se le manda pero se le aconseja.

Ana.— Estoy cansada de aconsejarle, y nada. Se ha encaprichado... Tú misma lo has dicho...

Mercedes.— No insisto más... Ya se que es imposible hacerte comprender nada... ¿Crees que me induce otro interés que no sea tu felicidad?... No sé qué te habrás imaginado... Eres una niña que nada sabe, que nada comprende... ¿Pensarás ver las cosas mejor que yo, que he vivido y tengo experiencia?...

Ana.— Mira: lástima que esos pétalos estén marchitos, porque de otro modo no habría una flor como esta.

Mercedes.— No quiero estrellarme más contra tu terquedad... puede que te pese algún día.. Creerás pensar las cosas mejor que nosotros?... Sí, ríete... Siquiera fuese qué tuvieras algún gusto pasable... Pero eso de preferir a Almenejo... por Dios!... a Almenejo!... Ja, ja, ja...

ESCENA VI

Dichos, Jacinto y Serafín por la derecha

Jacinto.— Dale con Almenejo! Cuándo se acabarán estas misas? Ya estoy con deseos de que Alberto se marche ahora mismo, para ver si nos cambias el tema.

Mercedes.— Por esa razón no vuelvo a hablar... Ya sé que todo lo que digo y lo que hago ha de ser tonterías para vosotros... Ya la sé... Está bien... Tendré que vivir aislada para no mortificar a nadie.

Jacinto.— Demonio! Que se me está acabando la paciencia.

Serafín.— (A Mercedes) Sé un poco prudente. Basta que a Jacinto le disguste.

Mercedes.—. —Sí... Ya sé... Ya sé que todos vosotros estáis contra mí... que no puedo hablar... porque todo ha de pareceros mal... Sí... Haré propósito de sellarme los labios.

(Sale por la derecha).

Jacinto.—Qué geniecito, qué geniecito!... Vamos, vamos pronto a tomar otros aires... Ah!... Aguardad un momento aquí. He olvidado los anzuelos... Es cuestión de un momento... prevenid a Alberto en tanto.

(Sale por la derecha).

ESCENA VII

Serafín, Ana

Serafín.—Anita.

Ana.—Tío.

Serafín.—Con que... Almenejo ?

Ana.—Eso dicen, tío.

Serafín.—A ese pobre Almenejo deben estar ardiéndole las orejas, según se le ha nombrado hoy.

Ana.—Probablemente.

Serafín - -Y si supiera que le están engañando le arderían más.

Ana.—Por qué? Quién le ha de estar engañando?

Serafín.—Oigan qué pregunta !... pues, tú!

Ana.—Yo ?...

Serafín —Sí!... Tú!

(Pausa).

Ana.— No entiendo.

Serafín .—Yo sí, yo sí entiendo. ¿No sabes que leo de corrido en todos los corazones?

Jacinto —Y se casa.

Serafín.—¿Sí?... En fin, uno como que nunca se convence de que el tiempo corre... Miramos nuestras canas como una cosa prematura, y nos sorprende que los niños dejen de ser niños ... No me cercioro de que una nueva generación, extraña ya, se halla reunida en nuestro lugar; por momentos me átaca el deseo de sacar ceremoniosamente a una de éstas que antes acariciábamos en la cuna, y decirle: no crea usted en estas canas, que son un disfraz, y regáleme usted con su significado ese clavel rojo que tiene en el pecho...

Jacinto.—Mira: allí pasa Anita.

Serafín.—Qué hermosa está; cómo le siénta el traje de novia.. . Siempre riendo, eso sí.

Jacinto.—Pobrecita.

Serafín.—¡Está hermosa!... ¿No se te hace hoy más parecida que nunca a Mercedes?

Jacinto.—Sí...

Serafín.—Y es la misma, es lá misma Mercedes de entonces. Lo heredó todo de ellá: no sólo la figura; sino ese corazón expansivo . . .

Jacinto.—Pobrecita.

Serafín.—Hay momentos en que me parece que es Mercedes la que se ha casado, que aún no termina la fiesta de tu matrimonio... Ya ves si pasan pronto veinte años!...

Jacinto.—Muy pronto.

Serafín.— ¿Recuerdas? . . En esta misma casa : . . Y si no me equivoco, Mercedes bailó con el padre de este joven que está ahora con Ana.

Jacinto.— Acababa de casarse entonces.

Serafín.—Ya ves qué hay de una generación a otra... Pronto veremos salir casada por esta puerta a una hija de Anita...

Jacinto.—(Con duda). ¿La veremos?...

Serafín.—¡Verdad!... ¿No te digo?... Contamos con la vida como en los tiempos de la juventud...

Jacinto.—Dentro de veinte años, tal vez ni tú ni yo veamos nada.



ACTO III

Sala reservada con puertas practicables a la izquierda y al fondo. Al levantarse el telón, toca dentro la orquesta la parte final de la danza.

ESCENA I

Serafín, Jacinto.

Serafín.—En los años que tengo no había visto un matrimonio tan concurrido ni una fiesta tan animada... ¿Contaste los coches, Jacinto?

Jacinto.—No.

Serafín.—¿Cuántos crees que había?

Jacinto.—¿Doscientos?

Serafín.—Doscientos seis, y veinte automóviles.

Jacinto.—Casi nadie se excusó... Admírate de lo espaciosos que son los salones de esta casa; hay como cuatrocientas personas reunidas, y contempla qué holgura...

Serafín.—Contaste los regalos?

Jacinto.—¿Crees que me ha dado como a ti por contarlo todo?

Serafín.—Doscientos... Mira qué bien báila aquella niña: la de traje y sombrero rosados... ¿Quién es?

Jacinto.—¿No la conoces? La hija de Antón.

Serafín.—¿De Antón?... Cómo está ya de mujer. Imposible que la reconociese. Era una niña cuando nos fuimos para Europa... . . . Baila admirablemente.

Ana.—¡Por diós!... Qué pena que ha leído usted en el mío; debe haber encontrado muchos errores de ortografía.

Serafín.—En especial uno así de grande.

Ana.—¿Cuál?

Serafín.—¿Crees poder ocultarme que estás enamorada de Alberto?

Ana.—¿Yo?

Serafín.—Sí, ¡Tú!

(Pausa)

Ana.—Inventa usted unas cosas tío.

Serafín.—Sí, ¡invento, invento!... ¿Crees que me engañas? Crees que no te conocí desde el primer día, cuando diste en tratar a Alberto con tanto agasajo... y después... cuando lo convidabas a que fuesen a navegar... y a conversar de Almenelejo?... ¡Con que invento!... Miren a la que no inventa nada!...

Ana.—Tío, por Dios... ¿Usted que se ha imaginado?... Dos novios a la vez, ¡Eso sería un contrasentido!..

Serafín.—No; no hay ningún contrasentido. Lo que hay es un corazón expansivo, travieso... femenino, en una palabra... Yo os conozco muy bien a las mujeres: sois aves negras, siempre inquietas y a veces fatales. Lo mismo que las aves, sois la música y el movimiento de todas nuestras perspectivas aunque sea un nido vuestro único ensueño... Cuando no os aman, revoloteais indecisas, no sabeis si estar aquí o allá, si llorar o reír: porque sin amor ignorais lo que os ríe y lo que os llora, y buscais en giros quebradizos el punto de vuestro ideal, revoloteando como golondrinas desorientadas. De pronto avizorais escondido allá abajo algo oscuro y diminuto: ese átomo que había escapado a vuestros ojos en la inmensidad... La indecisión desaparece... Ya os canta... No veis lágrimas ni en los goterones de lluvia... Entonces la volubilidad de vuestro corazón se pone en vuestras alas. Revolotais más que antes, pero seguras, cantadoras, arrebatadas. Y columbrando desde la altura el puntito negro hecho para el frío de vuestras plumas, escribís con letras arabescas un verso de amor en el horizonte. Vosotras, mientras veis luz en el aire y reflejos en el agua, no dejais de revolotear... Y algunas... algunas os quedais con la costumbre.

Ana.—¿Pero, de donde ha sacado usted eso, tío?... Le juro que son ideas tuyas.

Serafín.— Sabes fingir muy bien.

Ana.— Se lo juro a usted tío.

Serafín.— Juramentos en boca de mujer y en pluma de poeta son ya recursos desacreditados... Lo peor es que si Alberto se va, no volverá soltero...

Ana.— ¡Entonces casado?...

Serafín.— Casado...¿Tan seguro le crees que te burlas?...Has caído en la trampa... Alberto puede haberte jurado amor eterno y prometido mil cosas... Nosotros creemos en la hermosura de las mujeres y ellas creen en nuestras promesas: por eso vivimos todos engañados...

ESCENA VIII

Dichos. Alberto, por el foro.

Alberto.— Anita: no te había visto hoy. Buenos días.

Ana.— Alberto!... Verdaderamente... Hace un momento, cuando bajaste, estaba yo en el jardín.

Alberto.— No te vi; perdóname... ¿Al fin vamos?

Serafín.— Sí.

Ana.— Estamos esperando a papá.

Serafín.— Se demora... Ha ido por anzuelos, cosa que aquí se acostumbra mucho ¿verdad, Anita?

Ana.— Sí, cómo no.

Serafín.— Voy a ver qué ha sido de esos anzuelos. Hay que apresurar a Jacinto, porque se hace tarde.

Ana.— Sí, sí. Vaya usted.

Serafín.— Sí, sí! Voy, voy! No te afanes... Aguardad en tanto vosotros ahí... hablando de Almenejo.

(Sale por la derecha).

Mercedes.—(Llora desesperadamente).

Serafín.— No llores más... Mira: allí viene el consuelo, viene el deber... El amor de tu juventud pasó, como pasan los colores ficticios, como pasan los sueños, porque ese amor no es otra cosa... Allí viene el que te ennoblecen, el verdadero amor, que endulzará tus penas. El amor de la vejez; amor de gratitud, de recuerdos, de esperanzas...

ESCENA IX

Dichos, Jacinto por la derecha

Jacinto.— Que hay? Ya llegó Alberto?

Serafín.— Sí. Está con Ana por el jardín.

Jacinto.—(A Mercedes, con tono brusco). Insistes en no recibarlo?... ¿Has dispuesto siquiera lo necesario para el paseo?

Mercedes.— No.

Jacinto.— Y no sales?

Mercedes.— No.

Jacinto.— ¿Cuándo acabarás con tus necesidades?... Me desesperas... Para soportarte no vale ser santo.

Mercedes.— Por lo mismo, déjame... (Exaltada). No me importunes más... No quiero ver ni oír a nadie... Estoy harta de vosotros, de todos vosotros...

Jacinto.— Mercedes!!...

Mercedes.— ¡No me hables! ¡Vete!... Te digo que no quiero verte ni oírte... Me desesperas...

Serafín.— ¡Eh! ¡Chist!.. Callad... Ahí vienen Anita y Alberto.

(Pausa larga. Pasan Anita y Alberto por el foro embebidos en su conversación amorosa).

Pasan muy embebidos... No conviene que les distraigáis.

TELON

¡¡sois los fuertes!! ¡Sí! se nos educa ciegas, se nos deja llenar de ilusiones infundadas... Y después, cuando vienen los desengaños y necesitamos amar de veras, se nos quiere imponer la prosa que a vosotros se os antoja. Llega un día en que nuestro corazón despierta y pide lo que le pertenece, y entonces se nos habla de el deber ... el deber... Y antes, ¿ por qué no se nos habló de él?

Serafín.—Cálmate!... No sabes lo que hablas... Comprendo lo que sientes, y lo siento yo más que tú, Mercedes... Pero no es que tu corazón despierta: es que te lo opriime una serpiente que tú misma dejaste crecer... Dices que has nacido para el amor... Y tu amor de madre?.¿ Ese amor no ha podido matar en la cuna todo otro sentimiento?... Sientes que te quemas, es verdad: es que esa pasión mezquina está luchando ya cuerpo a cuerpo con tu amor, puro, con tu dignidad... No digas que la dignidad había que enseñártela... Nadie te enseñó a amar. Y el que sabe amar de ese modo a los otros, sabe amarse a sí mismo. Lo que te quema no es la pasión, es el remordimiento, es la lucha. El ardor no existe sino donde hay batallas. Allí donde impera el bien o impera el mal del todo, hay siempre calma, y hasta me atrevo a creer que frío...

Mercedes.—Serafín... ¿Qué hago?... Mátame, pero arráncame esto de aquí... Mátame, matame... No puedo dejar de quererlo...

Serafín.—Lástima que ese amor no lo tuvieras por tu hija...

Mercedes.—Sí, lo tengo; y eso aumenta mi desesperación, porque veo dos amores que se me van.

Serafín.—Que se te van, Mercedes, que se te van. . Hay que saber llevar la vida; ella tiene para cada época sus dolores, sus tortuosidades soportables. Para la juventud las ilusiones de la sangre, que ciegan y arrebatan; para la vejez las ilusiones del Sacrificio, que santifican... ¡ Ay del que persiga ilusiones ciegas cuando es hora de sacrificarse, como lo has hecho tú, porque ellas serán flores aisladas, envidiosas,... flores tardías...!! Deja que florezca la mata nueva, que ,se cubra de racimos. Esas flores se marchitarán; pero en vida serán siempre frescas, siempre abundantes, poco tendrán que envidiar a las otras... Pero no hagas caso de la flor que reviente cuando tus gajos estén amarillos; no intentes que rivalice con las constelaciones de los nuevos frondajes, porque esa flor será ridícula, mezquina, desnaturalizada; y así tu vejez te ofenderá. Desprecia las flores tardías; enorgullécete con los retoños que brotaron de ti, y entonces las floresnuevas serán tus flores; la dicha ajena la tuya; la vida nueva tu vida.

ESCENA IX

Alberto, Ana

Alberto.— ¿Están bellas esas bolas de nieve?

Ana.— Ya lo creo. Hasta hoy no se habían dado tan grandes, tan abiertas... (mostrándole una). Mira qué fondo... y qué aroma.

Alberto—Tienes que regalármela. Quiero llevar una conmigo.

Ana.— ¿Al fin emprendes viaje?

Alberto.—Sí.

Ana.— ¿Cuándo ?

Alberto.— Mañana.

Ana.—Mañana mismo ? Se me hace muy pronto.

Alberto.—Me es imposible transferir.

Ana.—Imposible?

Alberto.—Imposible. Estoy muy ilusionado.

(Pausa).

Ana.—Mi deseo es que lo tengas feliz, felicísimo... vendrás casado.

Alberto.—Qué de raro tendría ? Si hallo una mujer tan de mi agrado como tú...

Ana.—Gracias... muchas gracias... Nos darías una sorpresa agradable... Ja, ja, ja... Qué tonta! me río sin saber de qué... Me alegro de que al fin te hayas decidido, porque estabas poco animoso.

Alberto.—La desesperación y la desesperanza son siempre crueles, pero siempre pasajeras

Ana.— No volverás a acordarte de nosotros...

Alberto.—Olvidaros, nunca...; Cómo podré olvidarte?... olvidar sobre todo,,, a tío Jacinto y a Mercedes que han sido tan buenos conmigo?... Imposible... Antes, para que os recuerde a toda hora; tienes que darme la bola de nieve que te pedí.

Ana.— ¿Por tan poca cosa has de recordarnos?...Qué tontería.

Alberto.— Siempre te recordaré al ver bolas de nieve.

Ana.— Sí?... Entonces no necesitas llevar ninguna, menos tan próxima a secarse como esta... piensa que llegarás allá en pleno invierno. Vas a ver bolas de nieve y por consiguiente a recordarnos hasta aburrirte.

Alberto.— Ésta, aunque seca, valdrá por todas las del invierno, porque será un recuerdo de la primavera...un recuerdo tuyo...Algo que con sus añoranzas enfriará todas mis nuevas ilusiones.

Ana.— ¡Así serán de endebles? Las ceía más firmes.

Alberto.— Ana... Bien lo sabes tú...

Ana.— No, no lo sabía...

Alberto.— Eres cruel... No sabes a dónde me llega tu indiferencia...

Ana.— ¡Indiferente? ¡ Que mal me calificas!

Alberto.— Ana ... Bien sabes que mi única ilusión es quedarme a tu lado... De lo contrario me desesperaré. (Le coge una mano sin que ella lo rehuse). Dime si puedo esperar algo... que la más remota esperanza me basta. No se que haría lejos de ti.

Ana.— Mira: ¡has visto lo floreada que está la mata de ilusiones próxima a las yedras?

Alberto.— Preciosa!... Así se puso mi alma cuando te conocí. Se llenó de ilusiones... Pero no sólo te complaces en arrancar flores del jardín: has de arrancarlas también del corazón...

Ana.—(Recostándose en la baranda). Cuando llegamos no había ni siquiera un capullo: ha sido una floración repentina.

Alberto.—(Acercándose a ella y abrazándola disimulada y suavemente por el talle). Así fue la mía. Pobre mata de ilusiones si te acercas a ella. .

Ana.— Es la misma del nido que cogimos el otro día. ¿Recuerdas?

Alberto.—(Abrazándola más) Sí. Era el corazón de la mata. Desde que pusiste la mano en él, no volvieron a algarear allí alegres los gorriones... Tú eres cruel con las flores, con las aves, conmigo...

Serafín.— No digas eso.

Mercedes.— Te lo juro. Por la memoria de mi madre.

Serafín.— Calla. Tú no debes nombrarla ahora.

Mercedes.—Sí, Serafín; te lo juro por ella, por lo más santo que tengo.

Es que tú no puedes comprender lo que me pasa. Soy muy desgraciada... Yo me casé creyendo que amaba, pero sin saber lo que era amor. Nadie me lo hizo ver claramente; antes bien, se me impulsaba ciega hacia adelante, aturdida por un cúmulo de abrazos, de obsequios, de flores, de versos... Me creía feliz... Luego, ese misterio fascinador que me atraía como paraíso de amores, desapareció cuando ya no había remedio. Así, el día en que tuve la obligación de amar, fue cuando vi claro, cuando vine a hacerme esta pregunta, toda llena de miedo, de admiración, de duda, como quien despierta en lugar extraño: ¿qué es el amor?... Mi hija, mi esposo, mi hogar, todo tenía para mí infinitos atractivos, lazos indisolubles; pero mé faltaba algo, algo que yo no me atrevía a llamar amor, y que a veces me llenaba de hastío y a veces de tristeza. Viajé, y nada obtuve; reí, y no eran risas; lloré y no eran lágrimas; busqué vida en los besos de Jacinto, y esos besos eran cada día más fríos, más muertos. Conocí a Alberto, y tuve entonces una esperanza, no sé cuál. Sentí hacia él un cariño de madre; no podía ser otro cariño. Me puse desde entonces nerviosa; algo me remordía sin saber qué; en sueños veía cosas desordenadas, sin sentido, y soñaba casi siempre que Alberto era un niño y yo le dormía entre mis brazos... Y un día me desperté creyendo acariciarle para que durmiese, y cuando vi que él no estaba allí,... y que no era un niño,... sentí tal soledad, sentí... en fin, que procuré vencerme, qué luché conmigo misma, hasta que no pude más; mé declaré loca de amor, perdida de amor. Me pareció que me lo robaban, y quise disputárselo a todo el mundo, a mí... Serafín: tú no puedes comprender lo que siento aquí dentro; és algo que me quema, que me desespera.

Serafín.—Lo Sé; lo sé muy bien. Pero de ahí a que no hubieras podido vencerte, hay mucha distancia. Todas sois débiles por vuestra culpa.

Mercedes.— ¡Ah! Qué sabes tú... Vosotros los hombres no sabéis amar y tenéis no obstante á toda hora el corazón libre... A nosotras que sabemos amar; que somos sólo corazón, se nos encadena desde pequeñas... Todos los ojos están puestos en nosotras, Y si caemos una vez porque el corazón nos estalla, entonces somos débiles, ¡débiles! .. Vosotros caéis todos los días sin necesidad y

Mercedes.—Sí... Hasta luego.

(Salen por la izquierda. Mercedes queda profundamente emocionada viéndolos alejar)

ESCENA VIII

Mercedes, luego Serafín, por el foro

Serafín.—Mercedes

Mercedes.—Déjame... (Va saliendo por la derecha).

Serafín.—No... Ven acá (la coge de una mano).

Mercedes—Qué quieras ?

Serafín.—Mercedes... ¿No te avergüenzas?

Mercedes.— Déjame,... ¡déjame! ...

Serafín.—Te digo que no... Quiero hablarte... Es ese tu celo por nuestro nombre, por el honor de mi hermano, por la felicidad de tu hija ?... Avergüéñzate de ser madre.

Mercedes.—(Desesperada) Suéltame... .

Serafín.—Te digo que no, ¡que no! ¿Lo has oído?... Quiero reñirte, porque me insulta tu flaqueza... Si has hecho este daño a pesar de mis reflexiones y de que yo velaba por ella y por ti ¿qué habrías hecho de ese apellido y de esa hija abandonada a tu sola dignidad?... ¿Así respetas la memoria de tu madre?

Mercedes.—Déjame ... No quiero que me digas nada, no quiero respetar nada.

Serafín.—¡Calla!... Solo te faltaba blasfemar.

Mercedes.—Serafín, ¡por Dios! Déjame, te lo suplico... No me hables más.. Quiero estar sola... No sabes lo que me pasa,

Serafín.—Lo sé, lo sé muy bien . . . (con suave reconvención). Qué has hecho. Mercedes? Esto era lo que te obstinabas en negar ?

Mercedes.—(Desahogándose en llanto). Si no sé qué fue de mí. Si no pude dominarme...

ESCENA X

Dichos. Mercedes, por la derecha.

Mercedes.—(Al ver a Alberto y a Ana, mientras desciende la escalinata, se sobresalta y se recarga medio desvanecida). ¡Ana!!

Ana.— (Sorprendida). Madre!... No sabíamos que estuvieses ahí!

Alberto.—(Turbado). Mercedes. . .

Mercedes.—Alberto: hágame usted el favor de ir a Jacinto y decirle que Ana y yo no los acompañamos al paseo.

Alberto.—¿ No van ustedes? ¿por qué?

Mercedes.— Tenemos algo urgente que hacer en casa.

Alberto.—Está bien, voy a decirle... Mejor sería dejar todo para esta tarde.

Mercedes.— No. Pueden ir ustedes ahora.

Alberto.— Voy en seguida.

(Sale por la derecha)

ESCENA XI

Ana, Mercedes.

Mercedes.— Ana... Haces muy mal...¡muy mal!

Ana.— ¿En qué?

Mercedes.— No trates de disimular... Vosotros me estais engañando... Tu mientes... Es falso todo lo que me has dicho... Os amaís, y lo ocultais para que yo lo ignore, como si no fuese la primera persona que debiera saberlo... ¿Es tal el proceder de una hija para con su madre?... Ahora, mientras Alberto permanezca aquí, tu no te separarás de mi lado.

ESCENA XII

Dichos, Jacinto, serafín y Alberto , por la derecha.

Jacinto.— Dale, dale, dale... ¿Que no va Ana con nosotros? ¿Por qué?

Mercedes.— La necesito.

Jacinto.— Deja tus necesidades. ¿Qué te propones? Quédate si túquieres.

Mercedes.— Sí, dices bien... Déjame... Me quedo... Ya se sabe... Soy estorbo en todo para vosotros... Ve tú, Ana... Me quedaré sola.

Ana— Yo me quedo contigo.

Mercedes.— Vete, ya te lo dije.

Ana.— Pero, si has de quedar disgustada ...

Mercedes.— Te digo que vayas... No necesito que me acompañes... Quiero quedarme sola.

Jacinto.— (A Ana) Déjala, no alegues más... Vamos, pues.

Serafín.—(A Mercedes) Te quedas?

Mercedes.— Sí.

Serafín.— ¿Por qué?

Mercedes.— Porque... no tengo deseo de salir.

Alberto.— Debía usted acompañarnos, Mercedes. Nos daña el paseo.

Jacinto.— Déjala, déjala... Vamos, vamos pronto... Hasta luego.

Alberto.— Hasta luego, Mercedes. Siento que no nos acompañe usted. (Le ofrece el brazo a Ana).

Ana.— Hasta luego, mamá (le da el brazo a Alberto).

Mercedes.— Hasta luego.

(Salen por la izquierda)

Alberto.— No hay razón para que usted me califique así.

Mercedes.— Ingrato. ¿No comprendes?.. (En un rapto de pasión, abrazándolo). ¿No comprendes que peco por quererte demasiado?... que te adoro más que a nadie?

ESCENA VII

Dichos, Ana, por la izquierda.

Ana.— (Ríe desde fuera, y, al oírla, ellos se separan) jajaja... Pensad que oímos uno píos entrecortados, llenos de susto. Volvimos a mirar, y un gorrióncito caminaba perdido por entre el verdor de los surcos, con una precipitación, con un desconcierto, con unos ojitos tan anhelantes, y unas alitas implumes todavía, que agitaba violentamente, que era cosa para enternecer el corazón más endurecido. Como nadie le respondía, aumentaba en la soledad su desesperación. Al vernos, creyó que íbamos a tragárnoslo; no sabía para dónde correr, cómo esconderse; medía sus fuerzas con el espacio infinito, y parecía que iban a reventársele los ojitos diminutos de abarcar cosas tan grandes. Tío Serafín se ha empeñado en perseguirlo, dizque para buscarle el nido; se ha enredado en un bejuco y... Pero no me estáis atendiendo... Reñís como siempre? Parece que estáis irreconciliables... Nada: hay que acabar con estas cosas. Mamá: vais a hacer las paces definitivamente tú y Alberto... Dame un beso.

Mercedes.— Tómalo (la besa en la frente).

Ana.— Ahora, otro a Alberto... Un beso de madre, lo mismo que a mí... No hay modo de hacerte ceder? Lo haremos al contrario. Toma (la besa en la frente). Ahora, tú, Alberto. Con todo el cariño de un hijo... Pronto, pronto.

Alberto.— (Vacila, y al fin besa a Mercedes en la frente, con turbación)

Ana.— Así, así. Reconciliados ¿verdad?

Mercedes.— Verdad.

Ana.— Ahora vamos, Alberto, a dar una vuelta por el jardín. Tengo que hablarte... Hasta luego mamá... Reconciliados ¿no es cierto?

Alberto.— Créame usted.

Mercedes.—Pues oiga usted: mi disgusto no era sino un resentimiento...

Yo tuve la misma idea desde que lo conocí a usted : me causó tal tristeza verle tan solo, que no se imagina usted, Alberto, el afecto que le cobré; y esperé a que usted me dijera algo para manifestárselo, para ofrecerle nuestra casa: era lo natural... Usted a la vez se cansó con nosotros, me ofendió con su reserva.

Alberto.— Ya le he pedido a usted perdón por ese proceder; no fue culpa mía. De modo que puedo esperar, Mercedes, que cambie usted, ¿que me dé ese cariño que le pido?

Mercedes.— Necesito que las pruebas sostengan sus palabras.

Alberto.— ¿Y podré contar con que usted no se opone más a nuestros planes?

(Pausa)

Mercedes.— Escuche, Alberto: francamente le digo, no quiero que Ana se case tan pronto... Es mi única hija, usted comprende... Se va usted con ella, y es para mí muy duro... Ella está muy joven y no quiero que se vaya de mi lado.

Alberto.— Si usted quiere, Mercedes, no tengo inconveniente en interrumpir mi viaje. Me quedaré aquí con Ana.., Usted no sabe lo que ella significa para mí. Hacer el viaje solo sería insoportable.

Mercedes.— Si? Cómo se desmiente usted mismo, Alberto. Suspende usted el viaje por mera resignación, no más; se resigna apenas a vivir con nosotros, pero quisiera irse lejos... con Ana... Ahora diga que no son falsas sus palabras. Acaba usted de darme a entender que, fuera de Ana, lo demás, poco le importa. Sepa usted, Alberto, que con mi voluntad, ni yéndose ni quedándose, consiento en que Ana se case con usted.

Alberto.— Pero Mercedes: si no le he dicho a usted eso..

Mercedes.— Ya lo oye usted.

Alberto.— Mercedes... Créame usted, se lo juro: la misma ilusión que tengo en el cariño de Ana la tengo en el suyo... Mercedes... (se le acerca). Escúcheme usted...

Mercedes.— !Ingrato!

ESCENA XIII

Mercedes, Serafín

Serafín.— (Volviéndose) Mercedes...

Mercedes.— ... ¿Qué?...

Serafín.— (Suavemente) Lo he comprendido... Domíname, Mercedes, por Dios.

Mercedes.— ¿Qué? ¿qué has comprendido?

Serafín.— (Con mirada escrutadora) Mercedes!...

Mercedes.— Qué? Qué has comprendido, qué?

Serafín.— (Más suave aún)... . Que tú no eras así. . . Sabe que a mí nada se me escapa...

Mercedes.— Déjame ahora.

Serafín.— Sí, hasta luego.

(Serafín va a salir y se detiene junto a la baranda ; Mercedes queda en mitad de la escena, con aire triste y pensativa.... Se oyen las risas de Anita.... Mercedes vuelve a mirar con amarga ansiedad y se encuentra con los ojos de Serafín).

Serafín.— Domíname, Mercedes; domíname.

TELON



ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA I

Serafín, Ana.

Serafín.—Mira, mira... Es gracioso cómo pelean esos dos patos entre el agua, por una hoja... Quieta quieta... La cogió el blanco. .

Ana.—Nada... Ninguno de los dos... Se adelantó el otro

Serafín.—¡Eh! cuidado, cuidado... Se la llevó el agua, je, je... No lá vino a coger ninguno al fin.

Ana.—Mire usted, tío: ahora sí es él... Ese jinete que viene allá por la carretera a galope... Va a pasar por la casita blanca . . . Lo ve usted?... Pasó, pasó...¿Lo ve usted?

Serafín.—Sí... Si no llega pronto Alberto te desesperas... Y luego me sostenías que no le amabas, que eran invenciones...

Ana.—Yo nunca le he negado a usted... Inventa usted unas cosas, tío Serafín.

Serafín.—Que nunca me lo has negado, ¿dices? Oye: vosotras las mujeres tenéis tanto cinismo para mentir, como los hombres para seducir.

ESCENA II

Dichos y Mercedes

(Mercedes entra por el último término de la derecha en dirección a la puerta de la casa.... Va embebida en sus pensamientos y lleva flores en la mano).

Alberto.—Mal puede usted decir eso, Mercedes. Mi cariño hacia todos los de esta casa, más aún: hacia usted, ha sido especial desde que los conocí.

Mercedes.—No lo había usted demostrado.

Alberto.—Creo que no hayan sido pocas mis demostraciones. Créame, Mercedes, que el cariño que usted despertó en mí fue de las cosas que más me indujeron a pretender a Anita.

Mercedes.—No sé qué demostraciones sean las que usted alega... . Aún no llevaba usted ocho días de permanencia aquí, cuando ya quizo marcharse... Recuerde que poco valieron mis instancias. Si no ha sido ella quien lé detiene ...

Alberto.—Mercedes: calcule usted lo grande que sería mi desengaño.. Fue tal el cariño que cobré a todos ustedes que, a pesar de haber terminado los estudios y estar lleno de ilusiones en mi viaje, todos mis planes se desconcertaron. Llegué a imaginar al lado de ustedes una vida tan feliz, tan distinta de la que había traído hasta entonces... Usted sabe, Mercedes, que no conocí a mis padres; que no he conocido más hogar que la aridez de los libros, la ausencia del afecto, las noches solitarias en que se oye llover y no reír; en que se busca una página en vez de buscar una caricia. T a n pronto como vine aquí, y se ahuyentó la sequedad de mis días pasados ante la alegría inconsciente, ante el calor de las veladas, no solo soñé en hallar una compañera en Ana sino una madre en usted, un padre en tío Jacinto.. . Lo que me enamoró fue la vida entre todos.

Mercedes.—Alberto... No negaré usted que es la primera vez que esas palabras salen de su boca... ¿Creo que si usted hubiera tenido alguna vez en verdad esas ilusiones que dice, habría comenzado a buscar ese amor desde el principio no solo en Ana, sino también en mí... en Jacinto. Pero no: usted no puede negar que tuvo para conmigo una reserva de esas que ofenden.

Alberto.—Créame usted, Mercedes: nunca me atreví a hablarle así. En un principio como que vacilaba en desear tanta felicidad... Luégo, la negativa de Ana me desconcertó; me pareció que eran todos los que me daban la negativa... Sólo tuve desde entonces gana de huir. Los desengaños son pesimistas, ciegos... Quizá he debido proceder de otro modo; pero usted sabrá disculparme. . . ¿Cree usted, Mercedes que, si no fuera así, le hablaría yo de esta manera?

Mercedes.—... Alberto: ¿habla usted sinceramente?... ¿ha tenido usted en verdad esa ilusión en. . . en nosotros ?

ESCENA VII

Mercedes, Alberto

(Pausa)

Alberto.—Mercedes: me dijo Anita que usted deseaba hablarme.

Mercedes.—Sí.

Alberto.—Estoy a las órdenes de usted.

Mercedes. No, Alberto: es mejor que no hablemos.

Alberto.—Mercedes: no sé que motivo le habré dado a usted para que se manifieste conmigo de ese modo... No creo haber hecho nada que haya podido desagradarla... De ser así, no vacile usted en decírmelo.

Mercedes.—No... no... Nada me ha disgustado.

Alberto.—No me explico entonces su modo de ser para conmigo.. Usted no ha querido sino darme a entender que le disgustan mis pretensiones respecto a Ana.

Mercedes.—Lo ha comprendido usted?

Alberto.—De manera que usted se opone?

Mercedes.—¡Sí! Me opongo.

Alberto.—Pero yo quisiera saber... Dígame usted la causa, que si es culpa mía no vacilaré en poner todos los medios que estén a mi alcance para complacerla,

Mercedes... No sabe usted lo que su actitud me contraría. Esas son cosas que no se deben preguntar, ni pueden responderse... No tengo hacia usted ningún motivo de sentimiento, ni de queja. ... Pero no quiero que usted se case con Ana; me opongo resueltamente... .

(Pausa)

Alberto.—Mercedes... Dígame usted el verdadero motivo, sea cual fuere... No dirá usted que ha sido falta de cariño de mi parte.

Mercedes.—Dado caso que quisiera una disculpa, tendría esa. Creo que no sea mucho el cariño que usted nos ha manifestado.

Mercedes. Estabais ahí ? . . No os había visto . . Pude pasar derecho.

Serafín.—Mirábamos para la carretera. Esta niña es sólo ojos y sólo impaciencia.

Mercedes.—Verdad, que hoy debe venir Alberto.

Serafín.—De otro modo Ánita perdería el juicio, Hace media hora que no se mueve de este lugar, puestos los ojos en el camino.

Mercedes.—Quedad ahí, pues... Con vuestro permiso.

Ana.—No nos acompañas?

Mercedes.—Tengo ocupación allí dentro. Voy a arreglar unos floreros. Hasta luego.

Ana.—Madre...

Mercedes.—¿Qué dices?

Ana.—¿Estás disgustada conmigo?

Mercedes.—No. ¿Por qué voy a estarlo ?

Ana.—Oye, te lo suplico; no vayas a recibir a Alberto como la vez pasada... Cada día has de manifestarle más aversión, y él no ha hecho nada que pueda ofenderte... Tú comprendes lo penoso que es para mí y para todos... Prométeme que le recibirás bien.

Serafín.—No te afanes. Tu madre ha convenido conmigo en que hará las paces.

Ana.—¿Si?.. ¿Verdad?

Mercedes.—Verdad.

Ana.—¿Me lo prometes ?

Mercedes.—Te lo prometo.

Ana.—Gracias... No te imaginas el gusto que me da.

Mercedes.—Seguid conversando... Hasta luego.

Ana.—¿No me das un beso ?

Mercedes.—Tómalo (la besa en la frente). Qué tonta! me hiciste deshojar las flores...

(Sale por la derecha).

ESCENA III

Serafín, Ana.

Ana.—Tío: ¿cómo se explica usted el proceder de mamá?

Serafín.—Es muy explicable.

Ana.—Usted no se imagina el aprecio que tenía por Alberto en un principio. Todo fue que... que... en, fin, usted ya sabe qué... y ya ve usted qué odio y qué aversión le manifiesta. ¿Cómo explicarse ese cambio?

Serafín.—Es muy explicable.-

Ana.—Pero... cómo?

Serafín— ¿Te extraña el cambio? ¿Eso es lo que te extraña ?

Ana.—¡Ya lo creo! ¿A usted no?

Serafín.— ¿Y cómo te explicas el tuyo ?

Ana.—¿El mío?

Serafín.—Odiabas a Alberto y ahora lequieres ...Ese cambio, ¿cómo te lo explicas?

Ana.—Con usted no se puede hablar, tío Serafín.

Serafín.—No creas que en la vida hay una intención firme. Por el contrario, nuestra voluntad y nuestros afectos oscilan mucho más que la razón., y todo lo que hacemos y sentimos, el bien y el mal, el amor y el odio, es siempre resultado de oscilaciones... A nuestro corazón, lo mismo que al entendimiento, lo hacen vacilar las dudas, las contradicciones... En él luchan sentimientos encontrados que unas veces lo enturbian y otras lo ennegrecen. Tu madre tiene razón. .. Ella vacila entre el anhelo de tu felicidad y el temor de perderte; te quiere ver feliz, pero quiere a la vez ser feliz a tu lado. Es una lucha de sentimientos que la desconcierta.

Ana.—No hallo, tío, qué pueda desconcertarla áhora...como usted dice; todos conocen a Alberto.

Mercedes.—Sea lo que fuere, sabe de una vez por todas que mientras Alberto esté aquí no se me vera la cara... que...

Jacinto.—Bueno.. Haz lo qué quieras, pero déjame en paz, que me has de perseguir por todas partes con el mismo tesón. .. No recibas a nadie si no quieres, pero yo me voy a leer allí... allí... Sabe que tampoco te recibo. No vayas a importunarme.

ESCENA VI

Mercedes, luego Serafín, Alberto y Ánita por la izquierda.

Ana.—(Con una hoja en la mano). Mamá: mira que preciosidad...

Alberto.—Mercedes.. Gusto de verla (le da la mano).

Mercedes.—Alberto... ha tardado usted hoy en venir.. .¿Qué ha sido ?

Alberto.—Me fue imposible llegar antes.. ¿Ha estado usted bien en estos ocho días ?

Mercedes.—Muy bien, gracias... Un pendiente.. Está preciosísimo.. . Como cosa suya, Alberto.

Alberto —Una tontería.

Ana.—Sí, mamá...observa bien qué tontería de diamante. .. ¿Dónde está papa ?

Mercedes.—Leyendo en el banco de piedra...

Ana.—Voy a mostrárselo... Aguárdame aquí, Alberto, en compañía de mamá... Vuelvo enseguida... Acompáñeme usted, tío.

Serafín.—Porsupuesto...

Ana.—Está bello, está bello!

Serafín.—(Saliendo con Ana). ! Qué sería de las joyas sin las mujeres!... (Desde el foro mirando a Mercedes con penetración). Mercedes!!!!... No olvides!!!.. Estas rosas son para el florero de mi cuarto.. . (va saliendo y se vuelve). ¡Cuidado!... ¡Mucho cuidado!... Que no se deshoje una sola porque sería lástima...

(Sale con Ana por el foro)

Jacinto.—Sí. Ya está armado el kiosco... en la isla pequeña.

Mercedes.—¿Quedó bien?

Jacinto.—A mi satisfacción. Mejor de lo que imaginé.

Mercedes.—¿Ana para dónde se ha ido?

Jacinto.—Salió con Serafín a encontrar a Alberto... Escucha, que no me dejaste continuar: dispón lo necesario para que vayamos esta tarde a tomar el té en el kiosco, para estrenarlo... (pausa larga; Jacinto lee y Mercedes deshoja una flor)... Sabes que tengo antojo de ofrecer en la próxima semana un garden-party... ¿Qué tal te parece la idea?...

Mercedes.—A mí? Te digo la verdad: no tengo ánimo.

Jacinto.—¿Porqué?

Mercedes.—Ni cuentes conmigo para ir hoy allá.

Jacinto.—¿Qué? ¿Insistirás también en no recibir a Alberto?

Mercedes.—Sí. No tengo ánimo para recibirla.

Jacinto.—Mercedes: piensa un poco más lo que haces. Considera que no sólo cometes una descortesía sino una ridiculez. Nos pones a todos en ridículo con tus caprichos.

Mercedes.—Sea como fuere, no quiero recibirla. Peor será que me expongas a cometer una imprudencia, como dices...

Jacinto.—Has dado en ponerte insopportable. ¿Negarás que fue una imprudencia lo que cometiste el otro día? ¿Qué fue una falta de educación, la más grande? ¿Qué ha podido decir Alberto?

Mercedes.—Por lo mismo, no insistas en que salga. Sabe que siempre estaré dispuesta a cometerlas, porque no puedo menos, porque...

Jacinto.—Pero mujer, ¿cómo se te entiende? Tú lo que tienes es instinto de llevar la contraria. Acabarás por volvemos locos a todos.

Mercedes.—Sí... Dices bien... por volverlos locos...

Jacinto.—Es que no puedo comprender. Si dicen todos blanco, tú dices negro; y si convienen todos en que negro, entonces tú has de decir blanco. Antes no tenías dónde colocar a Alberto y dónde colocárnoslo a todos... Dime si lo que tienes no son deseos de sacarnos de quicio.

Serafín.—Sí, todos le conocemos y apreciamos; y también, él te quiere demasiado, como lequieres tú... Pero, ¿no sabes que el mundo da muchas vueltas?... Vosotras no le conocéis y os embriagáis de ilusiones... Creeis que el amor y la felicidad son vuestros, y tanto lo uno como lo otro se os escaparán al menor descuido, y los vereis revolotear muy lejos, perderse... ¿Tú qué sabes de la vida, ni del corazón humano, ni de tu mismo corazón?... Los que ya la hemos atravesado apreciamos sus peligros y sus profundidades, y por eso dudamos siempre... Tú estás apenas en la orilla, y ves salir el sol allá, en el horizonte, en la perspectiva del mar... Pero allá donde crees, que todo es luz, y que tocarás el sol con las manos, ese sol está muy alto... ya veces le ocultan las tempestades...

Ana.— Habla usted unas cosas...

Serafín.—Muy ciertas. Tú no las comprendes porque las ilusiones te ciegan... Vas a casarte y sueñas con una vida toda de felicidades, pero no hallarás más felicidad que la del sacrificio, y encontrarás muchas cosas para llorar y muchas para ruborizarte... Esperas entusiasmada a que se corra el telón de rosas que te oculta el mañana, y tras él no descubrirás sino el camino del deber, seco y muy recto, sin más goce que el de hacerlo llevadero con los frutos pequeñísimos que nos brinda de cuando en cuando.

Ana.—Mire usted, tío: ahora sí es Alberto... Hace rato que no le pierdo de vista. Acaba de cruzar en la portada... Mire, mire usted. ¿Lo ve?... ¿Vamos a encontrarlo, tío?

Serafín.—Como gustes.

Ana.—Nos vio, nos vio... Mire usted... allá agita el pañuelo' (agita el suyo). . . Usted también, tío; usted también... ¡Pronto!

Serafín.—Bueno, pues... Yo también (mueve pacientemente el suyo).

ESCENA IV

Dichos. Jacinto por la izquierda.

Jacinto.— ¡Demonio! Habéis enarbolado todos bandera blanca... ¿Quién Viene?

Ana.—Alberto, papá... Míralo: por el puente... Se paró a conversar con alguien; ¿lo ves?

Jacinto.—Sí... ¿Pero es tanto lo que te preocupa que no me saludas?...
No me has dado los buenos días.

Ana.—Verdad, papá (lo besa).

Jacinto.—¡Pobrecita!... Sigue, pues, enarbolando tu bandera, que ya estarán teniendo escaramuza en el bando enemigo.

Ana.—Vamos a encontrarlo.

Jacinto.—Id, pues.

Ana.—Acompáñanos.

Jacinto.—No... Ve con Serafín, porque estoy algo cansado. Vengo a pie desde la laguna... Estoy, además, interesado en esta lectura... Id vosotros.

Ana.—Vamos a esperar a que siga.

Jacinto.—Bien, bien... (a Serafín). Tienes que leer este libro, Serafín.

Serafín.—¿Resultó bueno?

Jacinto.—Muy bueno. Una crítica a nuestra sociedad muy puesta en su punto. Ya se estaba haciendo desear.

Serafín.—Lo leeré contigo si quieres.

Jacinto.—Por supuesto. Lo volveré a comenzar... ¿Mercedes está en casa?

Serafín.—Sí. Entró hace un momento.

Jacinto.—Ayer no salió de su cuarto en todo el día. Ha dado en ponerse incomprendible.

Serafín.—Ella siempre ha tenido sus neurosis agudas de tiempo en tiempo... Mucho nervio y poco raciocinio: mal de mujeres.

Jacinto.—Sí, pero ahora está peor que nunca. Es una sola contradicción en todo lo que hace y en todo lo que dice; si no fuera tanto lo que nos mortifica, afirmaría que estaba demente; pero nunca hay dementes tan insoportables...

Ana.—Se va a quedar Alberto allá conversando todo el día... ¿Ya está armado el kiosco, papá?

Jacinto.—Ahora deben acabar.

Ana.—¿Lo pusieron al fin en la isla grande?

Jacinto.—No. Donde tú querías; en la pequeña... y no te imaginas por un momento lo hermoso y alegre que ha quedado... Esta tarde lo estrenaremos: vamos a tomar el té allá... ¿Te parece bien?

Ana.—Delicioso.

Jacinto.—Ya casi está arreglada la finca del todo... Ya puede decirse que es una finca de recreo.

Serafín.—¿Sabes que se asemeja mucho a la de Angiens, aquella en que pasamos la temporada de otoño?

Jacinto.—Sí, cómo no... verdaderamente... Tengo el deseo de dar un garden-party en la semana entrante para inaugurar todo... antes de que se nos vaya este pretexto de expansión... porque dicen por ahí que se nos irá muy pronto.

Ana.—Eso sí; muy pronto...

Jacinto.—¿Y te hace gracia?... Bonito papel hacemos en gastar un dineral para adornar la finca y quedarnos solos en ella... Estas hijas!... No se parecen a la mujer de Lot. En cuanto van hacia adelante, poco se ocupan de lo que queda atrás... aunque arda...

Ana.—¡No digas eso!... Tío, ya viene... Está despídiéndose... Venga usted...
.. Acompáñanos, papá.

Jacinto.—No. Yo os aguardaré aquí (queda leyendo).

Ana.—Vamos, tío.

Serafín.—Vamos.

(Salen por la izquierda).

ESCENA V

Jacinto, luego Mercedes por la derecha.

Mercedes.—Jacinto.

Jacinto.—¿Que dices?

Mercedes.—¿Vienes de la laguna?